

# MANUEL CASTRO RAMOS

HISTORIA DE SU MUERTE



ANTOFAGASTA CHILE 1904

*Folleto  
Biografía*



# HISTORIA

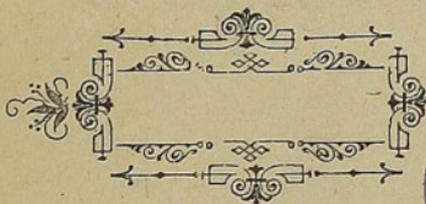
DEL ASESINATO DEL PERIODISTA CHILENO

## Manuel Castro Ramos

EN IQUIQUE EN 1874

POR

### Pedro A. Garrido Concha



ANTOFAGASTA:

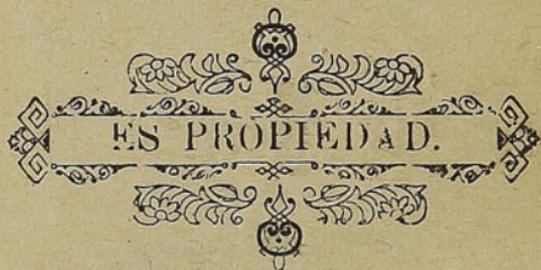
IMP. Q. CARRERA.

Baquedano 299 A

1904.

3334

882230





Manuel Castro Ramos







## PRÓLOGO DEL AUTOR



Para que el polvo del olvido no haga desaparecer, por completo, la memoria de un chileno que luchó por las libertades públicas en las filas del radicalismo y que defendió en suelo extranjero los derechos de sus compatriotas y del pueblo en general, hasta caer como bueno en el campo del deber, escribimos estas páginas.

Acójalas el público que simpatiza con la causa del liberalismo avanzado, que Castro Ramos abrazó de corazón y que tanto progreso ha dado á nuestra patria, como un recuerdo á sus virtudes de buen chileno y á sus ideas de libertad y reforma.





# MANUEL CASTRO RAMOS

## SU EMIGRACIÓN A IQUIQUE

DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DEL 59.

### I.

El fracaso de la revolución chilena del año 1859, encabezada por los jefes radicales don Pedro Leon y don Anjel Custodio Gallo, y que terminó con el desastre de Cerro Grande, obligó al periodista Manuel Castro Ramos, ardiente partidario de aquella causa, á emigrar á territorio extranjero.

Amante, como era, de las libertades públicas y de su patria, no quiso Castro Ramos remontarse á muy lejanas tierras, y eligió para su ostracismo voluntario el puerto de Iquique, en aquella época sujeto á la dominación del gobierno peruano.

Su instrucción, su espíritu democrático y las maneras delicadas y caballerescas que le

distinguían, le conquistaron bien pronto numerosas simpatías y muy en breve se vió rodeado por un círculo de personas de importancia, entre las cuales figuraban apreciables miembros de las colonias extranjeras.

Por otra parte el pueblo obrero, cuyo bienestar nunca le fuera indiferente, le profesaba un sincero cariño y le había consagrado una decidida voluntad.

Favorecido por estas circunstancias y condiciones, no comunes á cuantos se dedican á las ingratas tareas del periodismo, el malogrado colega Castro Ramos atrajo hacia sí la estimación de distinguidas personalidades peruanas, entre las cuales figuraba en línea espectable el talentoso y enérgico Doctor en Leyes don José Santos Aduvire.

En la fecha á que vamos á referirnos, o sea la en que se verificó el sangriento y escandaloso drama, el periodista chileno estaba en íntimas relaciones de amistad con el Abogado señor Aduvire, quien poseía la imprenta en que se editaba «LA VOZ DEL PUEBLO», periódico que redactaba Manuel Castro Ramos, con aceptación y aplauso de la sociedad sensata y justiciera.

---



## II

3

### La casa de la víctima

En la antigua calle de Tacna y vecina á la hoy llamada Escuela Superior de Comercio, que dirige el educacionista don Teobaldo Benitez, existe la habitación donde, el 26 de Junio de 1874 á las 4 de la tarde, exhalò el último suspiro el periodista chileno Manuel Castro Ramos, víctima de una horrorosa tragedia que comenzó á desarrollarse en la entonces calle de Huantajaya (hoy Tarapacá) á eso de las 12 del día y del modo que vamos á relatar.





### III

#### La Imprenta de "La Voz del Pueblo"

Como queda dicho, el Doctor don José Santos Aduvire, peruano de nacionalidad, era propietario de la imprenta en que se editaba «LA VOZ DEL PUEBLO,» del cual periódico era redactor el inteligente escritor y periodista Manuel Castro Ramos.

Este soldado de la prensa, como la mayor parte de los de su raza, sobre todo en aquellos tiempos de más honradez y lealtad periodística, era un franco narrador de los sucesos que á diario acontecían, cualquiera que fuese su importancia y trascendencia, motivos por los cuales no solo se captaba la aprobación de su socio el señor Aduvire, sino que revistió siempre de palpitante interés las columnas de «LA VOZ DEL PUEBLO,» a despecho de las protestas de sus enemigos, que por desgracia eran numerosos.

El imfortunado escritor era uno de esos hombres nacidos para la eterna lucha del bien contra el mal, y á quienes aludió el filósofo cuando dijo que: la importancia de un individuo podía medirse por el número de sus adversarios.

---



## El teniente Mariano Valdivia y la compra del pagaré.

Uno de los que más ódio profesaba à Manuel Castro Ramos en esa sociedad, era el teniente de policía Mariano Valdivia, oficial de carácter irascible y de conducta de diversas maneras relajada.

Este oficial de la policía de Iquique, fué el autor del alevoso asesinato de nuestro compatriota, crimen que motiva esta historia y que vamos á describir con varios de los pormenores que precedieron al feroz homicidio y ciñéndonos en todas sus partes á la más estricta imparcialidad.

Un dia del mes de Junio de 1874, poco antes de verificarse la tragecía, pasaba Castro Ramos frente á la sastrería de un señor Falconi establecida en la calle de Zela, hoy Uribe, media cuadra de la que es plaza Arturo Prat hácia la bahía, en ocasión que se hallaban en la puerta del establecimiento el citado

Falconi y el teniente Valdivia.

Ver ambas personas al periodista chileno y comenzar á ocuparse de él, fué obra instantánea.

—¿Cuándo me pagará la deuda de 20 soles que me debe ese tramposo?—esclamó Falconi dirijiéndose á Valdivia.

—¿Qué tiene alguna deuda pendiente contigo ese bribon?—preguntóle á su vez el teniente.

--Sí—le respondió el sastre.

—Pues, yo te la compro. ¿Cuánto Vale?

—Los mismos veinte soles.

—Sea—dijo Valdivia; yo necesito tener un motivo para ir á buscarle.

En efecto, el periodista Castro Ramos, en su carácter de administrador y jefe de la imprenta de «LA VOZ DEL PUEBLO,» había salido responsable de un pagaré de 20 soles, cantidad en que afianzó á uno de sus empleados.

Después de un cambio de palabras, el sastre Falconi entregó el pagaré al teniente Valdivia, y éste, que era el enemigo más encarnizado de Castro Ramos, obtuvo la posesión del codiciado documento que habría de servirle más tarde para llegar á la presencia del infortunado periodista y consumir el

crimen que estaba premeditando.

Bastan las notas apuntadas para deducir la prevención que animaba al oficial de policía Valdivia contra su desgraciada víctima.

---



## Prisión de la "Mitaceite"

Una noche, días después de la adquisición del pagaré por el teniente Valdivia, yendo éste por la calle de Tacna, sintió que de la habitación de una tal Eloisa N. mujer de vida dudosa, según algunos, partían gritos que parecían demandar auxilio.

La mujer en cuestion era chilena, oriunda de Valparaiso y conocida en Iquique con el apodo de "MITACEITE," pero, según dicen, de recomendable hermosura y bastante joven.

El teniente Valdivia se acercó á la puerta de la habitación y preguntó qué ocurría.

En el acto se presentó la madre de Eloísa esponiendo al oficial que su hija le había faltado y agredídola personalmente, y que por tales razones lo autorizaba para que, si lo tenía á bien, la condujese á la policía.

El teniente Valdivia, según nuestros informes, accedió á la insinuación de la madre de Eloísa y la condujo ó la hizo conducir al cuartel.

Esto pasaba en la noche del día 20 de Junio del citado año.



## Un suplemento á "La Voz del Pueblo"

Al siguiente día, esto es el 21, una hoja suplemento á LA VOZ DEL PUEBLO registró la noticia,— trasmitida á la Redacción por algún oficioso,—de que en la casa que ocupaba la madre de Eloisa habia tenido lugar un hecho escandaloso; y después de referir la prisión de la jóven con datos graves contra el teniente Valdivia, terminaba diciendo que la policía estaba tan desorganizada que era capaz de arrancar á hijas de familia del seno de su hogar para conducir las a una prisión.

Hay distintas versiones sobre la conducta y honorabilidad de Eloisa, las cuales tenemos en cuenta al reservar nuestra opinión sobre el particular.

El periodista Castro Ramos, confiando talvez en la veracidad de las informaciones, admitió la relación del hecho en las columnas de LA VOZ DEL PUEBLO, sin variar la forma en que estaba concebida y, más que todo, sin

pensar en los resultados que aquella noticia podía acarrearle, ó fundado talvez en las garantías y seguridades que á la prensa ofrecen las sociedades civilizadas y cultas.

¡Profundo error, que momentos más tarde habría de costarle la vida de un modo trágico y azás censurable!

Nunca pudo imaginarse el desgraciado periodista que una mano traidora y asesina atentaría contra su existencia, que tan útil había sido al pueblo para la defenza de sus libertades y derechos.

---



## En el "Restaurant Republicano"

Eran las 11 y media del citado día 21 de Junio, cuando el teniente Mariano Valdivia llegaba al "Restaurant Republicano" situado en la entonces calle de Lima, hoy Serrano.

Una señora, que hacia las veces de cantinera, y que podía *bromearse* con el teniente, al favor de su antigua amistad, le recibió con la siguiente pregunta, al mismo tiempo que le mostraba un suplemento á «LA VOZ DEL PUEBLO»:

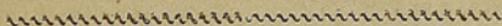
—Hola, teniente, ¿no ha leído usted «LA VOZ DEL PUEBLO»?

—Nó,—respondió Valdivia cambiando de semblante, á pesar de que iba de trasnochada y un tanto *alegrito*, no le leído nada; pero supongo que ese bribón de Castro Ramos dirá algo de mí, y voy á leerlo.

Valdivia, que era, en su puesto de oficial de policía, uno de esos hombres arbitrarios que no ceden á la razón, ni á los ruegos, sino que proceden guiados por sus odios y caprichos, se entregaba continuamente en brazos del

abuso y del escándalo, siendo por este motivo objeto de severas, continuas y justas censuras de «LA VOZ DEL PUEBLO.»

El teniente tomó la hoja periodística, y lo primero con que se encontró, según nuestros informes, fué con la relación del hecho acontecido en la calle de Tacna, en casa de la tal Eloisa.





# PRINCIPIO DE LA TRAJEDIA

## LA CALLE DE HUANTAJAYA

---

La idea de la venganza brutal se apoderó súbitamente del ánimo del teniente.

Encolerizado ostensiblemente, hasta el extremo de no poder ocultarlo, solicitó el periódico en calidad de préstamo, y habiéndosele facilitado, salió del Restaurant, en actitud de fiera que se lanza sobre la presa.

Se dirigió á paso apresurado hacia la Imprenta del Doctor Aduvire que, como se ha dicho, estaba situada en la calle de Huantajaya, hoy Tarapacá.

Entró en la oficina de Redacción, y encontró completamente sólo al periodista Castro Ramos, pues á la sazón los empleados se hallaban ausentes del establecimiento.

La ocasión se le presentaba propicia.

La fiera humana tenía la presa entre sus garras.

En ese momento de ofuscación se acordó del pagaré que había comprado á Falconi.

—Vengo,—le dijo, sin que antes hubiera mediado entrambos una palabra, pero ni siquiera un saludo,—á que Ud. me pague ahora mismo este recibo; y, si no me lo paga, marcha conmigo al cuartel.

La frase no podía ser más provocativa ni la actitud más brusca é insultante.

Castro Ramos, sin embargo, guardó la compostura que su educación le prescribía, y revestido de calma y prudencia le contestó:

—El empleado á quien yo afiancé ha llevado el dinero para pagarle, y extraño que no haya satisfecho esta deuda. ¿Ud. es encargado de cobrarla?

—Nó; yo he comprado el recibo para hacerlo efectivo en este momento.

—Pero no es posible, porque el empleado no está aquí, y yo necesito saber la razón por qué ha demorado el pago. De todos modos usted recibirá el dinero el sábado próximo, al tiempo de abonar sus jornales á los operarios.

El teniente Valdivia no se dió por satisfecho con tan justas observaciones, y ardiendo

en cólera le replicó:

—Ud. me paga ahora mismo ó yo, personalmente, lo llevo preso.

Castro Ramos se levantó de su asiento al escuchar estas palabras, y le dijo:

—Caballero: estoy en mi casa, y no me es posible consentir que Ud. venga á amenazarme en mi propia oficina. Ud. será pagado el sábado, y esto debe satisfacerle.

El oficial estaba enfurecido, y no sabiendo qué contestar á las razonables esplicaciones de Castro Ramos, sacó su revólver y levantando súbitamente una huasca, azotó el rostro del indefenso periodista, que en ese momento no tenía un arma con qué reparar el desacato como correspondía.

Castro Ramos había sido víctima de las arbitrariedades del teniente Valdivia, que en otra ocasión, sin respeto a la sociedad en que el periodista figuraba ni consideracion a su posicion como hombre inteligente, le había infamado obligándole a hacer servicios de los reos ordinarios, so pena de someterle a vejaciones que el hombre delicado no puede admitir, porque las considera como manchas imborrables,

¿Qué podía hacer en tales circunstancias?

¿Lo que hubiera hecho cualquiera ante una

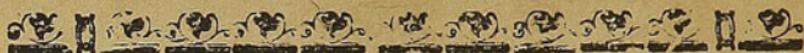
hiena feroz, que en ese momento no era otra cosa el teniente Valdivia, ébrio de licor y venganza como estaba.

El periodista huyó hacia la casa de don Juan Vernal y Castro, que estaba inconclusa y contigua á la Imprenta.

Pero el criminal teniente lo siguió hacia el interior del edificio, acosándolo a golpes por la espalda.

Castro Ramos hubiera vuelto contra su ofensor, para castigar su infamia; pero el criminal iba armado y no habia poder suficiente para hacerle pagar cara su felonía y cobarde proceder.





## La casa del cura Acuña.

Del edificio de don Juan Vernal y Castro, salió a la calle el periodista, perseguido tenazmente por su futuro matador.

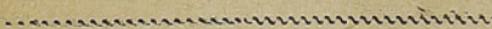
Los testigos presenciales del hecho, en su mayoría nacionales y extranjeros, no se explicaban tan rápidamente lo que pasaba, que le hubieran prestado un salvador auxilio.

En vano la víctima trató de refugiarse en la casa del Cura Acuña, vicario de la ciudad, porque éste, lleno de pánico al ver la actitud del teniente que por sobre su persona daba de golpes al periodista, hizo que ambos salieran a la calle.

La conducta de este sacerdote no estuvo de acuerdo con la misión de que los discípulos

de Cristo se consideran investidos, y aún deja entrever que alguna preparación existía para el crimen que segundos después debía consumarse.

La casa del cura Acuña estaba construida sobre el mismo terreno que hoy ocupa la Bomba Italiana, cuyo edificio corona la estatua de Colon.





## Un balazo mortal.

Castro Ramos estaba predestinado á morir de una manera trájica, asesinado alevosamente por la mano cobarde del teniente Valdivia su enemigo jurado.

Viendo el periodista que el cura Acuña no solo le negaba refugio en su casa, y que su victimario armado de huasca y revólver no saciaba aún su sed de venganza, salió á la calle perseguido por Valdivia encarnizadamente.

Hubiera podido salvársele con la intervención de alguna persona caritativa de las muchas que presenciaban el desarrollo del drama con estóica indiferencia.

Un soldado de policía que en esos momentos fué llamado por el teniente, no hizo otra cosa que ayudar al victimario á ultimar á Castro Ramos, que ya desfallecía y estaba próximo á caer en tierra,

En este mismo momento se oye una detonación. El periodista había recibido un mortal balazo de su perseguidor, en el costado derecho.

—Bandido!—esclamó Castro Ramos con la palidez de la muerte pintada ya en el semblante, me has asesinado! Has satisfecho tu venganza!

El infortunado escritor iba á terminar sus días lejos de su patria y de su familia, recibiendo como únicos póstumos consuelos las lágrimas de su esposa desdichada y la protesta de sus mas fieles compatriotas residentes entonces en Iquique.

¡Tristes ironías del destino!

---



## V.

### La víctima y el reo en el cuartel de policía

Pero no terminaban con el crimen consumado los rencores del furibundo oficial de policía.

Era necesario cebarse sobre la víctima, y como el periodista Castro Ramos cayera en tierra desfallecido, el teniente Vadivía con su espada ó con el yatagan del soldado de policía que le acompañaba, le asestó unos cuantos puntazos en la boca tratando de hacerle comerse el periódico que llevaba desde el Restaurant «Republicano.»

Este último acto de barbarismo lo contradicen una que otra persona de los sobrevivientes á ese horroroso crimen; pero lo afirma una mayoría abrumadora, que asegura, además, que la víctima recibió varias heridas en la garganta.

Pues bien: en un estado lamentable fué conducido Castro Ramos al cuartel, que estaba situado al final de la calle hoy llamada «Pedro Lagos», pasándosele por la plaza donde ahora contemplamos el busto de nuestro primer héroe marítimo, Arturo Prat, cuyo nombre ostenta con noble orgullo

Al llegar la víctima prisionera á la puerta del cuartel, salía del interior de este el Mayor Botetano.

—¡Sálveme, Mayor!—esclamó el periodista tendiéndole los brazos y con voz desfallecida—¡Favorézcame, que este oficial me ha asesinado!

Fuertemente impresionado el Mayor Botetano, que desempeñaba el puesto de Comandante de policía, preguntó inmediatamente al teniente Valdivia con qué orden conducía preso y habia herido al periodista chileno.

A lo que contestó el alevoso teniente, echándose el kepí atrás en señal de satisfacción:

— ¡Con la mía, Mayor!

Ante esta confesion, que envolvía un crimen, al mismo tiempo que una falta de respeto y disciplina, el Mayor lo hizo conducir á un calabozo del cuartel, poniéndolo bajo llave y con centinela de vista.



## Llegada de los médicos.

Acto continuo el Mayor Botetano hizo colocar al infortunado periodista en el *cuarto de banderas*, y ordenó que algunos de sus subalternos fuese en busca del médico de ciudad ú otro Doctor para que le prestasen los primeros auxilios de la medicina.

Poco tardaron en llegar los facultativos, uno de los cuales, el señor Iguaguirre, dió inmediatamente un diagnóstico fatal.

Dijo que el caso era de muerte inevitable.

Y efectivamente, pues la bala había hecho destrozos en el interior del cuerpo, interesando órganos que era humanamente imposible remediar.

La venganza del criminal teniente estaba consumada.

La fiera había devorado á su indefensa víctima.



## La esposa del periodista.

Pero, á la horrorosa escena del crimen seguía ahora un cuadro impresionable de dolor y de lástima.

La esposa de Castro Ramos acababa de saber el crimen cometido en la persona de su esposo y se presentaba al cuartel de policía.

En vano se le quiso privar que entrase al cuarto donde batallando con la muerte, yacía en una camilla, el que poco antes era el amante compañero de sus goces y de sus penas, el que momentos antes era el jefe de un hogar y un defensor del pueblo en la prensa, querido y respetado de toda una sociedad.

—¡Ay, Dios!—esclamaba con voz que partía el alma —¿quién ha sido, hijo querido, el que te ha asesinado?

Tales escenas son indescritibles.

Basta pensar en la situación de una mujer que ama entrañablemente al compañero de su suerte, para que la pluma tiemble y el corazón se desborde justa indignación al trasladarlas al papel.

Hubo que arrancar á la infeliz esposa del lado de la víctima, á la cual cubría de besos por última vez el rostro demacrado, para no emocionar más aquella existencia moribunda y precipitar así el fatal desenlace.

La situación de Rosa,—así se llamaba la compañera del infortunado periodista chileno Manuel Castro Ramos,—partía el alma.

Bueno está que vayan a buscarse las reparaciones de un agravio en el campo del honor. Para eso el mundo civilizado admite las leyes del desafío.

Pero sorprender al enemigo indefenso y abusar de la posición que se desempeña para rehuir el peligro cobardemente.....eso cabe sólo en los corazones corrompidos que han perdido hasta la última noción del honor y del respeto social.

Mariano Valdivia fué uno de esos seres desgraciados, dignos solo de una celda del panóptico.

---



## VI

### La víctima en su habitación:

El cuerpo, aún con vida, del periodista fué trasladado en la misma camilla en que yacía, y que había proporcionado un chileno de apellido Bascañan, a su habitación de la calle de Tacna, contigua al hoy Colegio Benítez, de que ya hemos hecho mención.

Castro Ramos había pedido continuamente garantías al Comisario de Policía que en esa fecha lo era don Ricardo Chocano, pariente muy próximo del poeta José Santos Chocano, actual enviado del Perú en Centro América, en previsión de la agresión que vamos narrando y de que había sido varias veces amenazado por el teniente Valdivia.

Pero, no obstante las promesas de Chocano, de que nada le sucedería, el crimen se llevó á cabo con toda premeditación y sin que se

hubiese opuesto el menor obstáculo á su consumación, pudiéndolo impedir.

El pueblo indignado, quiso asaltar la casa del inhumano cura Acuña, por no haber dado asilo al periodista y haberle lanzado á la calle para que fuese pasto de la ferocidad de su victimario.



## Relaciones internacionales.

Cuando se verificó el triste suceso en que nos ocupamos, triste no solo para la colonia chilena que en ese tiempo era ya numerosa, sino también para los mismos nacionales y las colonias extranjeras, parece que aún no existían asomos de perturbación en nuestras relaciones con el Perú.

El cielo de Sud-América estaba limpio de nubes que pudieran hacer un paréntesis desagradable á la tranquilidad de dos países que habían lidiado juntos é inspirados en un mismo ideal,—la independencia,—los combates por la libertad.

No había otras cuestiones pendientes entre las familias hispano-americanas, que sus antiguas diferencias de límites, y en este orden

de cosas Chile y la Argentina eran los pueblos que en la América del Sur venían ejercitando sus derechos con más empeño y órden en el campo de la diplomasia.

Pero, volviendo al Perú y á nuestro tema, si existían en Iquique, en algunos espíritus exaltados ódios y rencores hácia Manuel Castro Ramos, tenían su oríjen en rencillas locales,—al menos así queremos creerlo,—que en nada afectaban á nuestras relaciones de países hermanos que habían luchado bajo una misma bandera, la de la libertad, por su común emancipación del tutelaje extranjero.

Para creer lo contrario, hubiera sido menester que olvidasen, chilenos y peruanos, que alumbrados por los rayos de un mismo sol defendieron con la punta de sus espadas y bayonetas la libertad de ambas patrias en la hecatombe de Yungay, contra la segunda tentativa de la colonia.

Y esos hechos históricos, á pesar de todas las luchas posteriores entre hermanos, no se perderán entre las sombras del olvido mientras la tradición exista; mientras haya corazones patriotas; mientras, en fin, respire un corazón chileno.



## El último día de la víctima.

Castro Ramos sobrevivió seis días cortos al asalto á mano armada del teniente Valdivia.

Fueron inútiles los sobrehumanos esfuerzos de la ciencia para arrancar á la muerte aquella existencia llamada, por muchas razones, á prestar aún numerosos servicios á la sociedad, con su talento, su rectitud de escritor y la enseñanza de su palabra.

El amor á la justicia tenía su culto en el corazón del infortunado periodista.

A las cuatro de la tarde del sábado 26 de Junio dejaba de existir el franco batallador de la prensa, en su habitación de la calle de Tacna ya citada, rodeado del cariño de sus compatriotas y sintiendo, si los muertos sienten, el llanto desgarrador de una esposa que

lo había idolatrado mientras vivió, porque es ley de la naturaleza en los pechos sanos y virtuosos: pagar amor con amor.



## VII.

### ALARMA DE LAS AUTORIDADES

#### El comisario Chocano.

Entre tanto, ¿qué pasaba en el seno de la sociedad iquiqueña?...

Cuando el Comisario de Policía, don Ricardo Chocano supo el criminal suceso y se vió con el Mayor Botetano, le manifestó su sorpresa y conmoción.

—Asegure Ud. bien al teniente Valdivia, —le dijo,—porque el caso es tan sensible como peligroso. Que por nada se escape Valdivia de la prision. Ud. me responde, Mayor.

El Mayor Botetano, amigo segun se decia de la víctima, le aseguró que así sucederia, esto es, que el criminal no escaparía á la sanción de la Ley.

I así sucedió.



## TEMORES DE EVASIÓN DEL REO

### **La actitud del pueblo.**

Tan honda impresión produjo en la sociedad iquiqueña el alevoso asesinato del periodista chileno, que nacionales y extranjeros de la clase ilustrada, en que hicieron papel principal los chilenos residentes en Iquique en la fecha del crimen, se organizó una protesta ante el gobierno peruano suscrita por mas de mil firmas en que se pedía el condigno castigo para el culpable.

La indignacion ante tal acto de barbarie, fué jeneral; y como nuestras relaciones eran

cordiales con la vecina república, un sentimiento de humanidad invadió el corazón de ese pueblo que durante su existencia no habría, — estamos seguros. — presenciado un crimen con caracteres de tanta alevosía como ese, perpetrado en el centro de la población, en pleno día y con la impunidad que rodea á una autoridad prevenida hasta cierto punto de despotismo.

Pero el pueblo temía la evasión del reo Valdivia al favor de esas influencias criminales disfrazadas de *piadosas* que nunca faltan, y con este motivo se le sacó del cuartel y se le llevó á una casa de la calle de Thompson (antes de otro nombre), de donde se le condujo al juzgado escoltado por una patrulla para evitar que el pueblo se le fuera encima y le despedazara. Y patentes deben estar aún en la memoria de los sobrevivientes á ese hecho vergonzoso, los recuerdos de los desórdenes que se produjeron en la ciudad al trasladar nuevamente al reo, de la calle antes citada al cuartel de la calle llamada hoy Pedro Lagos, entre la gritería aterradora y vociferaciones del pueblo que pedía al criminal para castigarlo.

La justicia del pueblo es tan terrible como su voz, porque, como dice el latino, *vox popu-*

*li, vox Dei*, la voz del pueblo es la voz de Dios .

Las balas que salían de la multitud y la polvareda que levantaba el inmenso gentío que seguía la escolta tratando de alcanzar al criminal, daban al suceso un aspecto imponente y que infundía pánico.

Esa multitud corría sedienta de justa venganza tras la numerosa escolta que custodiaba al cobarde asesino, no para librarle precisamente del castigo merecido, sino para colocarle bajo la sanción de la ley que habría de penarlo como se pena á los criminales alevosos y desalmados.

---



## El Doctor Anduvire pide la condenación del teniente Valdivia.

Hay no obstante, en este cuadro sangriento y horroroso, una nota simpática que dice al oído, con la elocuencia de la jenerosidad y de la grandeza de espíritu, que el amor á la justicia tenía raíces en esa sociedad.

Esa nota simpática, que rindiendo tributo á la verdad histórica nos complacemos en reconocer, fué la conducta del doctor en Leyes señor José Santos Anduvire, que nunca abandonó la causa de Castro Ramos, por mas que fuera peruano y se tratara de un compatriota criminal; pues trabajó, hasta ver coronados sus esfuerzos, en el sentido de que el asesino de nuestro paisano don Manuel Castro-Ramos cayera, como cayó, bajo la sanción de la Ley.



## VIII.

### El entierro de la víctima.

El cadáver del periodista chileno fué conducido á la última morada el mismo día sábado 26 de Junio, y la tierra que lo cubrió fué rodeada por una modesta reja, que desapareció poco después de la guerra del 79, entre nuestro país y el Perú y Bolivia unidos.

A su acompañamiento asistió una inmensa concurrencia de todas las clases sociales, siendo llevado el féretro por distinguidas personas de diversas nacionalidades; lo cual manifiesta la popularidad de que gozaba en ese puerto el distinguido y batallador periodista.

Al borde de su tumba se levantaron palabras de protesta contra el horrendo crimen, y una nube de tristeza enlutaba á la multitud que de viva voz había pedido el castigo del culpable.





## IX.

### El proceso del reo.

Mientras esto pasaba en la sociedad, fuera de la acción de la justicia, en los tribunales correspondientes se seguía proceso al teniente Valdivia, quien, después de comprobado su crimen con innumerables pruebas y sin ninguna causa atenuante derivada del acto ó de sus antiguos antecedentes, que eran pésimos, fué condenado según las leyes peruanas, que no prescriben la pena de muerte aunque haya alevosía—por un delito de lesa humanidad—á la pena de presidio mayor en su grado máximo ó sea *quince años de penitenciaría*.

En esta virtud, y con todas las seguridades que el caso requería, tanto para evitar la venganza del pueblo que aún permanecía exacerbado, se ordenó su traslación á la capital de la República peruana.



## El reo en Arica.

Un suceso tan trascendental como el asesinato de Castro Ramos, por la forma bárbara en que se cometiera, era natural que llamase la atención de la prensa peruana y chilena, y por tanto, de ambas sociedades.

En Arica el público y las autoridades estaban deseosísimos de conocer al autor del crimen, y apenas el vapor que lo condució fondeó en el puerto, gran número de personas se trasladó á bordo, encontrándose entre ellas el Prefecto de Policía.

Al ver al reo Valdivia, la mencionada autoridad le dirigió algunas palabras, como inquiriendo las razones de su crimen; y ya sea porque el reo no le reconociese derecho al Prefecto para interrogarle ó porque su probado mal carácter no le permitiese ser cortés

y atento con su interrogador,—dió a la referida autoridad una tosca y descomedida respuesta que empeoró mucho más su causa, pues el Prefecto escribió á Lima recomendando al reo como un malvado digno del más severo castigo.

Los tribunales superiores de Lima, según nuestros informes, confirmaron la sentencia del juzgado de Iquique, y el teniente Mariano Valdivia fué encerrado en la penitenciaría para que expiara allí su alevoso crimen y, por consecuencia de ésta condena, todos los demás abusos de que el público le acusaba y que habia cometido en el ejercicio de su empleo de oficial de policía.

---



## LA GUERRA DEL PACÍFICO.

Había pasado cuatro años y medio más ó menos el reo Valdivia en el Panóptico de la capital peruana, cuando estalló la guerra del 79, por causas que pocos desconocen y que justifican la actitud del gobierno y pueblo chilenos ante las naciones extranjeras y ante la Historia.

De batalla en batalla, de triunfo en triunfo, el ejército de los hijos de Arauco fue escalando la cima que había de trepar para clavar en ella la bandera que en 1810 juró defender y conservar incólume.

Comenzó su era de victorias en Antofagasta con la ocupación de este puerto histórico y llamado á mejores destinos, para seguir con el acto heroico de Calama, en que Sofanor Parra, esa reliquia del 79, con 75 valientes se

batió como ún leon en la Encañada, legando el ejército no sólo un triunfo sino un ejemplo de cómo se lucha por las grandes causas en que se juegan el honor militar y la suerte de la patria.

Corriendo el tiempo, presuroso, las lecciones chilenas habían dejado sentir el poder de su brazo triunfador en Iquique y Pisagua, con asombro de las naciones neutrales de la América y de Europa; la epopeya de Iquique tenía pendientes de nuestra patria á los pueblos guerreros legendarios; el ejército chileno estaba á las puertas de Tacna; el coloso del mar Pacífico en la América austral había caído valientemente en poder de nuestras naves históricas el *Blanco* y el *Cochrane*; y cuando las huestes descendientes de Caupolicán y Lautaro, á los cuales Chile levantará un monumento como Méjico á Cuauhtémoh, — se preparaban para golpear á las puertas de Lima, disputando el último laurel para su corona triunfal, — por influencias que nunca faltan, aún en los países mejor organizados y en que el respeto y energía de las instituciones parecerán inquebrantables, — el reo Valdivia fué sacado de la Penitensiaría de Lima y trasladado á Tacna.

Corren distintas versiones sobre el obje-

to de esta traslación.

Algunos creen que vino en calidad de oficial del ejército peruano como vinieron muchos otros reos á poner á prueba su valor en aquella jornada y á rejenerarse con el soñado triunfo, ó morir siquiera en justa honrosa, lavando en parte su manchada vida anterior.

Otros creen que vino á Tacna en calidad de confinado y como para librarle de la justa venganza de los chilenos que, recordando el sacrificio de Castro Ramos, le hubieran buscado en nombre de la justicia para hacerle expiar su alevoso asesinato; porque si la justicia tarda, nunca olvida.

Otros, en fin, aseguran que el gobierno de don Nicolás de Piérola le dió en libertad, y que el reo se dirijió á la capital del Caplina, donde murió olvidado hasta de sus mismos compatriotas, por el natural recelo que inspira en una sociedad un carácter criminal y voluble.

---



## XI.

### La ofensa quedó lavada.

Mientras nuestros valientes y arrojados *rotos* con el heroísmo de los legendarios hijos de Cartago hacían temblar el poder de la antigua Capital de los Virreyes; mientras nuestro immaculado estandarte irradiaba sus esplendores avanzando como guía incontenible de nuestro ejército y precursor de sus homéricos triunfos, el Batallón Atacama llevaba como lema, al lado del sagrado de la Patria «vencer ó morir,» el recuerdo del querido comprovinciano Manuel Castro Ramos, borrado del escenario de la sociedad, donde tantos bienes hacía y gozaba de jeneral aprecio, por una mano cobarde y alevosa.

¡A vengar á la Patria insultada alevosamente! A vengar á Ramirez y Prat! A cobrar la muerte alevosa de Manuel Castro Ramos!

Estas eran las exclamaciones de los bravos del Atacama, al lanzarse á la pelea de uno contra dos; y sus anhelos justos de reparación y castigo se cumplieron, porque la Providencia, que vela por los destinos de los pueblos, los protege y defiende del crimen fraguado en las sombras de la noche y fuera de todas las leyes del honor y de la lealtad.

La bandera que en la segunda campaña de la independencia del Perú había brillado en Yungay al frente de la expedición libertadora de Cochrane y Blanco Encalada, brilló triunfante una vez mas en la patria de Atahualpa y Manco-Capac, desde Antofagasta á Calama, Iquique y Pisagua, Tacna y Arica, Chorrillos y Miraflores, hasta Lima, en las almenas de cuyos palacios y en las cúpulas de cuyas torres flameó sonriente y victorioso el pabellón querido de Prat, la bandera idolatrada de Thompson y Ramirez, el emblema sacro ente el cual se rinde reverente y ofrece su vida todo corazón chileno.

---



## XII.

### **No hay deuda que no se pague.**

La justicia, esa mano que gobierna y reparte la compensación con equidad todopoderosa, demostró una vez más que no hay deuda que no se pague; y si la sola ofensa inferida gratuitamente al pueblo hermano en la sombra de la noche tramando su aniquilamiento era suficiente para tanto sacrificio de sangre, vidas y dinero, había que agregar á esa cuenta,—y la agregaron muchos,—el asesinato del malogrado compatriota Castro Ramos, á quien debían los nacionales iquiqueños de esa época, su empeñosa campaña por el cumplimiento de las leyes que forma el bienestar del pueblo y le dá libertad y prosperidades.

La providencia se había encargado de lavar

la mancha con que el crimen de Valdivia había agraviado á una sociedad inocente talvez y que sin razón cargó un tiempo, mucho ántes de nuestras disenciones internacionales, con el anatema de los que sabíamos que Manuel Castro Ramos era chileno y que, por tanto, llevaba en su alma un templo en que como primera imájen brillaba la de Patria y como lema santo el de todos sus compatriotas, *vencer ó morir*.

Terminaremos esta larga reseña del asesinato del periodista chileno con algunas estrofas del autor de este folleto á la memoria de su protagonista.

---



# A Manuel Castro Ramos

## I.

La misión santa, sublime,  
De la delicada prensa,  
Cumpliste con honradez,  
Con dignidad y entereza;

Doquier el crimen nefando  
Alzó su negra bandera,  
Te encontró listo á batirla  
Con arrojo hasta vencerla.

Tu pluma franca y valiente,  
Siempre justa, nunca artera,  
Fué la toledana espada  
Que en la lucha no se quiebra;

Y aunque la suerte voluble  
Te llevó a tierra extranjera,  
Allí siempre la justicia  
En tí tuvo su defensa.

En tu corazón el crimen  
Siempre encontró la barrera  
Formidable donde todas  
Las malas obras se estrellan.

El fanatismo envidioso  
De la luz de tus ideas  
Que brillaban como un faro  
Ante las mares desiertas,

Con la traición en consorcio  
Contra tí fraguaron guerra,  
Y en las sombras de la noche  
Emplazaron tu existencia.

Mano cobarde, alevosa,  
Incapaz de la nobleza,  
Quiso manchar con un crimen  
A una sociedad entera;

Y empuñando arma asesina,  
Sin rubor y sin vergüenza,  
De su gratuita venganza  
Te hizo víctima indefensa.

Así tu pluma gigante  
Fué arrancada de la escena  
Donde el pueblo defendiste  
Con valor á toda prueba.

Así la maldad y el crimen  
Que en todas partes se ceba  
En quienes de la justicia  
El noble espíritu alientan,

Troncharon el árbol joven  
De tu viril existencia,  
Cavándote triste fosa  
En una patria extranjera.

Así, en fin, un desgraciado,  
De alma vengativa y negra,  
Cortó el hilo de tu vida  
Ahogando en un mar de penas

A tu esposa desdichada,  
A la dulce compañera,  
Que desde ese mismo instante  
Quedó en el destierro huérfana.

Porque ya tú no existías  
Para escucharle sus quejas,  
Y porque no volvería  
A verte mas en la tierra...



## II.

Bajo una modesta loza  
Alzóse en el cementerio  
Una cruz, fiel centinela  
De tus venerados restos.

Allí solo concurrían  
Con sus lágrimas y rezos  
La huérfana que dejaste  
Sumida en dolor inmenso;

Tus queridos compatriotas  
De quienes «La Voz del Pueblo»  
Defendió, contra el abuso.  
Los sacrosantos derechos;

Y todas tus relaciones  
Y mucha parte del pueblo  
Que en tu corazón magnánimo  
Siempre hallaron un consuelo.

Nunca faltaron coronas  
Tejidas por el aprecio  
En el modesto sepulcro  
Que los tuyos te erijieron.

Y las flores que el cariño  
Te dejó como recuerdo  
Sobre la lápida helada  
Que cubrió tu humilde féretro,

Eran símbolo sagrado  
De las que en tu noble pecho  
Fecundizó el patriotismo  
En beneficio del pueblo.





### III.

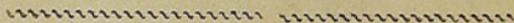
Llegó un día. En lontananza  
Sendas nubes pavorosas  
Se dibujaron, de lucha  
Fratricida precursoras.

La deslealtad con la envidia  
Habian entre las sombras  
De la noche decretado  
El esterminio y deshonra

De una patria cuyo anhelo  
Fuè de paz y de concordia  
Para todos sus hermanos  
De la América Española.

De una hermana que en un tiempo  
Tendió mano protectora  
A una de las que tramaba  
Su muerte ó ruina en las sombras.

4





#### IV.

Al escuchar los clarines  
De guerra en todos los ámbitos  
De la patria, los chilenos  
Al punto se levantaron.

El labriego dejó súbito  
La herramienta y el arado  
Y sus mujeres siguieron  
Las labores de los campos.

El carpintero el serrucho  
Tiró presuroso al banco;  
Soltó el martillo el herrero,  
Y alegres y entusiasmados,

Corrieron á los cuarteles  
Al oír el grito santo  
Con que la patria pedía  
La ayuda de sus soldados.

Las naves sus pabellones  
En sus mástiles alzaron  
Y entre saludos y vivas  
Al bello tricolor patrio,

A la arena del combate  
Intrépidos se lanzaron,  
Del enemigo las huellas  
Persiguiendo denodados.

— «¡Vencer ó morir!» fuè el lema  
Con que a la Patria juraron  
Los nobles rotos por ella  
Verter su sangre en el campo;

O volver de la pelea  
Llena las frentes de lauros  
Para rendirlos dichosos  
Ante su altar sacrosanto.

La lucha empezó en Calama,  
Donde Parra con los bravos  
De su Segundo de Línea  
Arrolló á sus adversarios.

Siguió Iquique, la epopeya  
Más grande de nuestros fastos,  
Después de la Independencia  
Sellada con gloria en Maipo;

Iquique, tumba del mártir  
Cuyo valor espartano  
Asombró á sus enemigos  
I al mundo civilizado;

Allí, al pié de Punta Gruesa,  
Testigo mudo del acto,  
Pero eternal monumento  
De su heroismo abnegado;

Allí, sin otra esperanza  
Que morir por los más santos  
De los deberes del hombre;  
El honor y el amor patrio;

Allí se hundió la *Esmeralda*  
Con su bandera en lo alto,  
Llevándose hácia el abismo  
Cien cadáveres de bravos;

Allí, en fin, sobre la nave  
Fantasma de nuestros barcos,  
Cayó Prat al golpe leve  
Del confundido adversario

Gritando con voz jigante  
Que atronó aquellos espacios:  
—«¡El chi'eno no se rinde!»  
¿Qué sucedía entre tanto?.....

.....  
Airosa la *Covadonga*  
Cañoneaba sin descanso  
Al blindado *Independencia*  
Que le perseguía impávido,

Hasta que, víctima siendo  
De un precipicio ignorado,  
Por su falta de pericia  
Y la astucia del contrario,

Se cavó el mismo su tumba,  
Teniendo que sepultarlo  
El impertérrito Condell  
Con su puñado de bravos.

A Iquique siguió Pisagua  
Donde dejó tan en alto  
La honra y nombre de la Patria  
Nuestro ejército abnegado.

Agua Santa, San Francisco,  
Tacna y el soberbio asalto  
De Arica, fueron los triunfos  
Que de gloria coronaron

A decididos *rotos*  
Que, por la Patria peleando  
Iban las adversas huestes  
Aniquilando á su paso.

XI.

De tiempo en tiempo, por fin,  
Llegó la leji3n de bravos  
A las puertas de Chorrillos,  
Y era menester tomarlo.

La escuadra atac3 su frente  
El ej3rcito sus flancos,  
Y en corto tiempo aqu3l puerto  
Fu3 enteramente arrasado:

Sus edificios ardían  
Al fuego de los disparos  
Carteros de nuestras naves  
Que le herían sin descanso.

El ej3rcito enemigo  
Dejaba al chileno el campo  
Huyendo despavorido  
Del empuje de su brazo.

XII.

Solo quedaba un baluarte,  
Miraflores, al contrario;  
Y por más que en la defensa  
Sus leji3nes se esforzaron,

Nuestros heroicos rotos  
El pabellón legendario  
En la pintoresca villa  
Esplendoroso clavaron.

¡A Lima! sué presto el grito  
Del insigne Baquedano;  
La ciudad abrió sus puertas  
Al ejército de «Arauco»;  
Y desde entonces..., oh Patria, —  
Es tu nombre respetado!

---

Para el noble periodista,  
Para el mártir Castro Ramos,  
Dedico estas pobres páginas  
Como un recuerdo sagrado.



